

Alonso Ramos

Los prodigios de la Omnipotencia y milagros de la gracia en la vida de la venerable sierva de Dios Catarina de San Juan

3 tomos

Gisela von Wobeser (coordinadora y estudio introductorio)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

434 p.

Ilustraciones

(Serie Documental, 31)

ISBN 978-607-02-9436-5 (obra completa)

ISBN 978-607-02-9437-2 (tomo I)

ISBN 978-607-02-9438-9 (tomo II)

ISBN 978-607-02-9439-6 (tomo III)

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de agosto de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo01.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo02.html

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/prodigios_catarina/tomo03.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

CAPÍTULO 23

DEL GRANDE RECOGIMIENTO Y RETIRO DE LAS CRIATURAS EN QUE VIVÍA
ESTA SIERVA DE DIOS

1. *De su recogimiento interior y exterior. Y se refiere un caso milagroso de un niño caído en un pozo, que se libró por intercesión de san Nicolás y las oraciones de Catarina*

[267] El recogimiento interior de las almas es el más conveniente y necesario para salvarse y agradar al justo y supremo juez de vivos y muertos; por ello dijo san Basilio: “Que el que es verdaderamente cristiano, trae consigo un monasterio o anda en uno como natural retiro; porque donde quiera que va es un anacoreta, es un ermitaño, es un religioso recogido, a quien no embaraza la gente, ni le impide la multitud de negocios, ni el numeroso concurso de las criaturas le estorba, ni le puede sacar del recogimiento de sus potencias si él no quiere distraerse. Porque para el que tiene refrenados los sentidos y recogidas las potencias a lo interior y secreto del alma, la muchedumbre es desierto, yermo la gente, y retiro la plaza” [Apostilla: San Basilio, *Constitución Monástica*, c. 6]. La santidad de Catarina fue desde su niñez verdadera y muy bien fundada por los cimientos de la fe, por las columnas de la esperanza y fortaleza, y por la profundidad de su humildad, en que estribaba todo el edificio de su perfección. No pendía el ejercicio de sus virtudes del lugar, tiempo, ocupación y ministerios; porque dondequiera que estaba, procuraba valerse de los auxilios y socorros de Dios, que no faltan a quien con humildad los solicita, como Catarina, que en todos los acontecimientos era muy santa y lograba ventajosos lances de heroicas virtudes, convirtiendo en soledad retirada el ruidoso tumulto de la gente y el embarazoso bullicio de las ocupaciones. Conforme a lo que tengo dicho cuando insinué que la principal de sus devociones era el dar cumplimiento a las cosas de su obligación, sin perder de vista a la majestad de Dios, a quien obedecía en sus amos, padrinos y dueños de las casas donde vivía, procurando tener las puertas y ventanas de los sentidos cerradas a todos los afectos terrenos y abiertas sólo a las luces del cielo, de que se valía para limpiar y adornar con preciosas pinturas de virtudes, morada permanente al rey del universo en su corazón, purificado con todo género de mortificaciones y con las aguas amargas de la tribulación.

[268] Atiendan a este modo de vivir de Catarina las que se excusan de no ser muy santas y buenas con la suerte o estado de vida en que las ha

puesto la providencia de Dios, echando la culpa al lugar, ejercicio y a sus ministerios. Mejor es que se la echen a sí, pues en nosotros mismos está el mal que ejecutamos. De aquí viene que muchas doncellas a quienes los padres tienen más enclaustradas y escondidas, anden vagueando por el mundo, y mucho más y peor, distraídas con solos sus pensamientos que otras muchas mujeres que nunca dejan la tienda, la plaza, ni la calle, porque la obligación de su estado no les permite otro retiro. Y en ese mismo frecuente concurso, que no pueden evitar, viven tan recogidas, como si habitaran en los montes o en las celdas de los claustros más religiosos. Ejemplar de personas recogidas fue esta sierva de Dios en el mundo, pues en medio de su Babilonia, vivió en la divina presencia con la misma compunción y reverencia que si estuviera en el templo. Porque a imitación de la otra ilustrada santa Catarina de Sena, fabricó en su corazón una celda, iglesia o tabernáculo, donde con olorosos inciensos, votivas víctimas y religiosas ofrendas, reverenciaba y adoraba a su Creador y Señor, que hallándola en todo lugar y tiempo en el interior recogimiento y soledad espiritual, le regalaba con favores y mercedes, cumpliendo las reales promesas que hizo por el profeta Oseas: “De sustentar con la leche de sus pechos a las almas que en soledad y recogimiento del corazón, le invocasen y quisiesen entretenerse en dulces y sabrosos coloquios con el Supremo Príncipe de la gloria” [Apostilla: Oseas I]

[269] Este familiar trato y deliciosa conversación con su redentor y divino amante, no la impedía el dar buena cuenta de las haciendas caseras de su obligación; aunque la impelía a lograr más y mejor todo el tiempo que le dejaban libre sus ocupaciones para estar con su Dios en el retiro de las criaturas. Por este motivo, desde su niñez consiguió de sus padrinos, el capitán Miguel de Sosa y su consorte, el que la eximiesen de asistir en los estrados donde la trataban como a hija, y más como a señora que como a esclava; que le permitiesen dejar de asistir a todas las fiestas y divertimentos profanos y aun a los festejos que se hacían en las iglesias cuando eran de muy bullicioso concurso. Y finalmente, que le diesen la llave del oratorio, donde se retiraba a descansar con Dios y con sus imágenes del trabajo de todos los empleos humildes de la casa, cuyo gobierno interior se fiaba a su fidelidad, cuidado y prudencia, como lo referí en el capítulo décimo de este libro, donde omití y reservé para este lugar, que aunque le servía el oratorio para entretenerse con su divino amante, buscándole y llamándole con lágrimas y suspiros muchas horas del día y todas las de la noche, pareciéndole que no le hallaba, que no le oía, ni respondía a la doliente voz de su tierno llanto, como a la otra alma santa que se quejaba de que el divino esposo no

se dejaba hallar, cuando enternecida le buscaba y llorosa le llamaba en la soledad y silencio de la noche. No se satisfacía bastantemente el deseo con que Catarina anhelaba a vivir retirada de las criaturas con este sólo recogimiento. Y así escogió un aposentillo incómodo y desechado, que estaba cerca de la cocina y no muy lejos de una caballeriza, donde tenía la almodilla y los otros instrumentos de sus particulares oficios, con que vivía ocupada todos los ratos que le permitía el manejo de toda la casa.

[270] En este rincón despreciado de todos la buscaban sus amos y la hallaban los criados a mano para todo lo que habían menester en sus ocupaciones y ministerios. Aquí vivía con mucho gusto, considerándose en su propio lugar junto a otras bestias. Y de las alegrías y consuelos que experimentó en esta habitación, emanó la elección de la otra pobre morada vecina al establo de bestias, en que murió y vivió los últimos años de su vida, como lo insinuaré en el primer capítulo del segundo libro. Una y otra habitación fueron ensalzadas en su muerte, convirtiéndolas los dueños de las casas en oratorios del nacimiento del Señor, para memoria perpetua de que había sido albergue de esta esclarecida virgen: la del capitán don Hipólito del Castillo y Altra, de donde salió para gozar los laureles de la eterna gloria; la del capitán Miguel de Sosa, donde vivió recién venida a esta ciudad, que pasó por su muerte a ser posesión de la nobilísima familia de los Guerrero; y al presente del capitán don Cristóbal Guerrero Pedraza, caballero de calificadas prendas, que la posee como herencia de sus mayores y le ha dado nuevo lustre con erigir en oratorio de devoción la pieza o rincón más despreciado de su casa, por haber sido la primera habitación de esta sierva de Dios, donde comenzó a ser santa y favorecida con innumerables visitas celestes y muy singulares favores del divino poder. Muchos tengo ya insinuados cuando traté de las virtudes y devociones de su niñez; pero no es para omitir el siguiente.

[271] Se cayó en el pozo de la casa un niño muy pequeño, y al alarido lastimero de las personas que le vieron caer, salió Catarina de su pobre morada con unos panecitos que estaba haciendo de san Nicolás de Tolentino (uno de los santos de su particular devoción y de los primeros patrones que le señaló el Señor). Y afligida con la fatal desgracia de la criatura, invocó a Dios y a su santo, y llena de fe y confianza arrojó los panecitos al pozo, y luego vio (y fueron testigos de vista los que concurrieron de la casa) que las aguas iban subiendo con una lenta y suave velocidad hasta la superficie de la tierra, sin detenerse hasta llegar a rebosar y echar de sí como resaca preciosa de una deseada vida al niño, que incauto se había deslizado en el

cristalino sepulcro, y que habiendo restituido lo que no pertenecía a su elemento, se volvieron a su ser y a su connatural centro. Causó muy singular alegría e igual admiración este prodigioso milagro, y con razón, porque en él concurren las circunstancias que pueden componer muchos admirables portentos. Se repitió en esta ocasión la maravilla de que la pesadumbre y gravedad de un humano cuerpo no se hundiese ni sumergiese en el líquido elemento, ejemplo de flaqueza, símbolo de inconstancia y estampa de infidelidad, que acreditaron el divino poder cuando Cristo y su vicario san Pedro pisaron las inconstantes y fugitivas olas sin naufragar ni perecer sobre tan débil fundamento. Se experimentó y atestiguaron los humanos ojos el prodigio de subir las aguas hasta la superficie de la tierra contra la natural inclinación a su centro, que se ve solamente en el vasto y borrascoso piélago, cuando combatido de un furioso huracán, quiere al parecer subirse al cielo y muestra el sentimiento de la violencia que le hace con sus espuelas el viento, levantándose embravecidamente con horribles bramidos, con tormentosas espumas y espantosos corcovos.⁹⁴ Mas en nuestro caso no se levantaron las aguas aguijadas de algún cuerpo o espíritu violento, porque subieron serenas, mansas y risueñas sobre la tierra a restituir una vida o una flor que lloraba ya el mundo por marchita y muerta. Y así entonaron todos los circunstantes cánticos de alabanza al todopoderoso, ensalzando la grandeza de su saber y la valentía de su diestra. A imitación del Pueblo de Dios, que viendo apagada su sed con semejante milagro de otro pozo o fuente de cristalinas y copiosas aguas, cantaron agradecidos a su creador aquel celebrado cántico, que como se refiere en el sagrado texto, comenzaba: “Suba el pozo, suba el pozo” [Apostilla: Números 21]. Pero el pueblo cristiano, visto este prodigio, no esperó a que volviese a subir el pozo o sus aguas, sino que, para más certificación del portentoso, continuó por muchos años el ir al dicho pozo por agua, experimentándola milagrosa en la sanidad que daba a los enfermos que la bebían con fe, y la apetecían y buscaban con ansias. Permaneció la noticia de esta maravilla en una tradición constantemente permanente en esta ciudad todo el tiempo de la vida de Catarina, y se renovó y avivó la memoria de este prodigio en su dichosa muerte, en que quiso Dios ponerla por blanco de admiración. Porque predicándola prodigiosa con repetidos portentos desde que entró en esta ciudad hasta que salió de ella para la celestial Jerusalén, fuese manifiesta al mundo la benignidad de

94 Saltos.

su omnipotencia para con las criaturas, que con su ingratitud no impiden las beneficencias del inmenso y absoluto poder de su diestra, como no lo hicieron en esta ocasión, pues rindieron a Dios las gracias por este portentoso milagro que hizo su poderosa mano, para mayor gloria suya, por intercesión del glorioso san Nicolás, y virtud cedida a sus panecitos, que aunque aún no estaban benditos, suplió el divino querer la eficacia de la bendición por la oración y merecimientos de esta querida esposa, que sólo para cosas precisas salía de su retiro y recogimiento; y por eso se valía de ella para la ostentación de sus maravillas la Omnipotencia.

2. Cómo se acreditó de prudente en guardar su casa y no visitar las ajenas sin los motivos de la obediencia y caridad

[272] Quien no salía sin necesidad del rincón o aposentillo donde moraba, ni aun para andar por su casa, mucho menos saldría a pasear las calles y plazas. Y andaba con tan prudente cautela, que ni en su niñez, ni en su mocedad, ni ancianidad conoció más calles que las necesarias para ir a la iglesia donde vivía su confesor. Por conservarse en este recogimiento, pidió y consiguió de sus padrinos el no salir de su casa, como tengo dicho, sino para las insinuadas iglesias; y esto al lado de su madrina doña Margarita de Chávez o con otras de las criadas ancianas de la casa. Y así, para visitar otras iglesias con ocasión de satisfacer a alguna promesa [que suelen hacer las mujeres a los santuarios más apartados], era menester quien la acompañase y guiase para no descaminarse y perderse. Y este recogimiento en las prudentes salidas de su casa no sólo le guardaba en su ancianidad con la prevención de la obediencia y permiso de sus confesores, sino en sus tiernos y juveniles años, en que dicta la razón y enseña la experiencia que se debe tener más recato y guardar mayor recogimiento. Porque fuera de no ser decente en las mujeres el salir con facilidad de sus casas, es cosa muy arriesgada y peligrosa. Una vez salió la otra esposa santa para buscar a su esposo y confiesa ella misma que volvió maltratada, herida y sin manto. [Apostilla: Cantares 5] ¡Oh, cuántas andan por las calles con el pretexto del honesto divertimento, de la necesidad, o de hallar y encontrarse con Cristo, y dan la vuelta heridas, maleadas y aun sin el manto de la vergüenza! Ninguna mujer podrá decir que es más santa ni más segura que las dos hermanas, Marta y María, criadas a los pechos de la doctrina y amor del Señor, y de su Majestad singularmente favorecidas. Y no quisieron salir de casa, ni aun para pedir a Cristo la salud de su hermano Lázaro enfermo, contentándose con

enviar un propio y dar noticia al Señor de su necesidad en un billete de cuatro palabras; y negociaron con el recogimiento lo que deseaban, que quizás no consiguieran, si con diligentes, escusados y acelerados pasos hubieran salido de su retiro [Apostilla: Juan 11]. Porque gusta Dios mucho que vivan muy recogidas sus esposas. Por eso trató a la otra alma santa de hermana y esposa, cuando la llamó: “Huerto cerrado, fuente sellada y paraíso de sus delicias” [Apostilla: Cantares 4], para que entendiese que si aspiraba a ser jardín regalado de su divino amante, habría de ser dos veces huerto cerrado y por dos títulos recogida, por ser hermana y por ser esposa. Porque no hay esposo que no cele el retiro de su esposa, ni hermano que no procure el encerramiento de su hermana. Toda esta autoridad y sagrado apoyo se requiere para que los mundanos y gente que no trata de espíritu, no prorrumpe en risas y escarnios del singular recogimiento de esta prudentísima virgen, porque como dice el apóstol: “El hombre, animal que no percibe las cosas del espíritu de Dios, las desprecia y las atribuye a locura y efectos de un espíritu vicioso, no siendo en la verdad sino divinos y soberanos aciertos”. [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a los corintios 2] Como lo era en nuestra venerable Catarina el excusarse no sólo de pasear las calles compuestas para las fiestas reales y eclesiásticas (que en esto más se suele buscar la propia recreación que a Cristo) pero ni aun para visitar muchas iglesias, enfermos y otras personas necesitadas, como repetidamente con ansiosa perseverancia lo intentaron aun las religiosas de esta muy ilustre ciudad con ruegos y eficaces diligencias por muchos años continuados, sin poder conseguirlo de ella, ni de sus confesores, que procuraron conservarla en el camino real y seguro por donde la llevaba el divino espíritu, que era el del recogimiento en su propia casa y retiro de las criaturas, por haberla escogido para ejemplar de heroicas virtudes en personas recogidas. Y así era su frecuente respuesta a los recaudos, papeles, ruegos e intercesiones, decir: “Yo encomendare a Dios, aunque mala”, pero no acostumbro entrar en casas ajenas, sino me lo mandan mis confesores.

[273] Le mandaron algunas veces los confesores salir de su retiro y casa por el consuelo y bien espiritual de las almas, que ansiosas lo deseaban y pedían con necesidad y eficacia. Y aprobaba algunas veces Dios estas visitas con casos raros y prodigiosos. Pongamos aquí uno u otro ejemplo, de los más antiguos que observaron sus primeros confesores. Enfermó gravemente cierto mancebo noble de buenas prendas y presumidas esperanzas, que según parece tenía noticia y estimación de la virtud de esta sierva de Dios. Le obligó la enfermedad a llamar médicos que le dijeron era conveniente

recibiese los santos sacramentos, porque todos los accidentes que veían en los pulsos, mudanzas de rostro y turbación de sentidos, indicaban se acercaba ya la hora en que podía ser su vida trofeo de la muerte. Crecieron con este precioso desengaño los sobresaltos y cuidadosos desvelos del enfermo, experimentando las angustias y congojas de los moribundos que en aquel terrible día o tenebrosa noche, miran en el espejo turbio de su conciencia como imposible el prepararse y disponerse para salir con felicidad de este mundo, representándoseles Dios enojado y como con espada desenvainada para dar con ellos en el infernal abismo; porque experimentan en este paso cuán espantosa es la muerte y cuán horribles son las llamas eternas cuando amenazan de cerca, haciéndose juntamente lugar la pusilanimidad y cobardía de dar cuenta de toda su vida a un Dios de infinita majestad, que tiene contados los más mínimos pensamientos con que le tienen sus criaturas ofendido. Y en lugar de lograr el poco tiempo que les queda, desmayados o despechados entre los desfallecimientos que causa en ellos la enfermedad y los temores de la eternidad, responden lo que respondió este enfermo a los circunstantes que le instaban y daban prisa: “Mañana me confesaré, que hoy no me hallo con esa disposición. Pero llámenme a Catarina de San Juan, para pedir me encomiende a Dios y me alcance de su majestad tiempo en qué examinar todos mis pecados y confesarlos arrepentido, con verdadero propósito de la enmienda”.

[274] Viendo los circunstantes las resistencias del enfermo y juntamente el inminente peligro de que muriese sin los santos sacramentos, determinaron llamarle a esta sierva de Dios para que lo redujese al cumplimiento de las obligaciones de cristiano. Estaba Catarina entonces tan presente en espíritu a esta necesidad, que desde su rincón miraba con los ojos del alma las altercaciones que tenían con el doliente los que le asistían en aquella tan grave y extrema necesidad. Y compadecida del riesgo en que peligraba el enfermo, batallaba al mismo tiempo con Dios para que lo librase en aquel ultimo trance, alargándole la vida o concediéndole una buena muerte. Le respondía el Señor que más larga vida no le había de conceder, porque no abusase de ella como de la pasada; y que en cuanto a la buena muerte, en su mano estaba el cooperar con los auxilios de su gracia. Y para más asegurarla de esta verdad, le dijo: “mira”, y vio Catarina como con los consejos y exhortaciones que hacían los hombres para reducirle, concurría también el mismo Señor por sí y por sus ángeles, con inspiraciones y conocimientos claros e infalibles de la eternidad, y cuán fácil le era conseguir la felicidad eterna por medio de la confesión, que es la puerta por donde entraron en

la eterna gloria los Pablos, los Agustinos, las Magdalenas y todos los pecadores que veneramos gloriosos en la celestial Jerusalén. Miraba Catarina también estas inspiraciones y otros impulsos fuertes con que el cielo favorecería al enfermo, por quien ella llena de caridad clamoreaba, pidiendo a Dios remedio, y advertía que, con toda esta liberalísima gracia, persistía con terquedad el doliente, y admirada la sierva de Dios, dijo a su Majestad: “Pues Señor, si esto que veo es verdad y no sueño, ¿cómo este hombre dice que no puede? ¿Por qué dilata su confesión para mañana cuando experimenta que está ya para apartarse del cuerpo el alma, y que mañana se habrá visto entregado a los dientes y garras del infierno?” Le respondió su Majestad: “Hija, el no puedo de mis criaturas suele ser un verdadero no quiero. Y porque lo creas, mira”, y mirando Catarina vio con un rayo de la divina luz y cristalino resplandor el corazón del enfermo, lleno de melancolía y tristeza; porque abrigaba dentro de sí el veneno de una culpa, que haciendo oficio de cruel verdugo le daba garrote y con una sangrienta carnicería le abreviaba la vida y le quitaba las fuerzas para vomitar la ponzoña que le atosigaba el corazón, apretaba la garganta, entorpecía la lengua y cerraba la boca con las prisiones de la vergüenza, empacho y vano temor, para que no dijese al confesor sus culpas. Vio también que los ejércitos enemigos, vestidos de tinieblas, estaban oscureciendo todos sus sentidos y potencias, provocándole a la desconfianza, al despecho y desesperación; vanagloriándose los unos con los otros de que ya esta alma era suya y de cuan bien aprisionada y asegurada la tenían, esperando sólo el instante de su muerte para tragársela. Y a la verdad, aquel mastinazo⁹⁵ infernal, como dice san Juan en su Apocalipsis: “Siempre anda en pos de la muerte; porque sabe que no puede comer otra caza que la que ella mata” [Apostilla: Apocalipsis 6].

[275] Con esta visión creció tanto el celo de la salvación de este enfermo en Catarina, que sintiera menos verse cercada de las penas del infernal abismo que tener a su vista la representación de semejante desgracia. Y avivándose en ella la fe y confianza, comenzó con mayor fervor a pedir y clamar a la divina misericordia. (¡Oh, quién pudiera trasladar aquí aquella admirable elocuencia y eficaces palabras de su encendida caridad, con que inclinaba y movía la piedad y clemencia de la Omnipotencia!) Le decía que cuándo había de hacer ostentación de su poder y alarde de su infinita misericordia, sino en esta extrema ocasión en que agonizaba y se veía en el último riesgo de perderse

95 Perrazo.

para siempre una alma redimida con su preciosísima sangre, de cuya perdición se ostentaban gustosos y triunfantes las potestades y príncipes del infierno. Que no atendiese a los deméritos del doliente sino a su propia e infinita bondad y divino poder, que tenía por blasón humillar los soberbios, levantar y ensalzar a los caídos; que caída estaba su oveja redimida y arrogantes los demonios; y así, que los abatiese y confundiese con su omnipotencia, quitándoles el alma que miraban ya como trofeo de sus astucias; porque se lograra su preciosa sangre, y porque no se gloriasen los ejércitos prescitos de que era mayor su poder que el de la gracia. E invocando a san Miguel, con las escuadras angélicas, a santa Úrsula con sus vírgenes, a la reina de todo lo creado con toda la corte celestial, y en esta ocasión, con especialidad a san Pedro y san Pablo con todos los sacerdotes del cielo y de la tierra, alcanzo del Señor que le dijese: “Yo libraré el alma cautiva y aprisionada de las manos del dragón con tal que vayas a decir al enfermo lo que has visto y que lo exhortes a valerse del remedio de la confesión”. A esta condición replicó la sierva de Dios, diciendo: “Ya sabéis Señor, que no entro en casas ajenas sin licencia de mis confesores, y mucho menos a ver y visitar hombres; fuera de que soy una bozal inútil e ignorante”. En esta ocasión entraron los amigos del enfermo a decir a Catarina que la llamaba el doliente; pero por más instancias que hicieron, manifestándole la necesidad y el aprieto en que estaba, no pudieron conseguir de ella que fuese, porque fue su incontrastable respuesta decir: “Que lo encomendaría a Dios, pero ir a su casa no podía sin mandato expreso de sus confesores; fuera de que el ayudar a bien morir era oficio de sacerdotes y ajeno de su estado y de una bestia pecadora”. Con esta resolución despidió a los que le llamaban y querían llevar a la casa del enfermo; y ellos desesperados de conseguir de ella esta obra de caridad, acudieron a su confesor, el cual informado de lo que pasaba en la casa del doliente, llamo a Catarina, y oyéndole lo que había ella visto, le mando fuese a visitar al enfermo y que con suavidad le noticiase enteramente de la insinuada visión, y le prometiese en nombre de Dios la eterna felicidad si se resolvía a confesar con arrepentimiento verdadero las culpas que ocultaba en el mudo y diabólico silencio.

[276] Con el seguro de la obediencia se vistió nuestra Catarina de las ligeras alas de la caridad y entró en la casa del afligido y aresgado⁹⁶ enfermo, que suspiraba por ella a tiempo que rodeada su cama de seculares y

96 Agobiado.

eclesiásticos, como suelen combatir a semejantes enfermos los que los asisten, unos con lágrimas, otros con piadosas exhortaciones, y otros con amenazas y horrores. Pero toda esta desordenada confusión de caridad se templó y sosegó con la entrada de esta esclarecida virgen en la recámara del doliente; porque luego que la vio, cobró fuerzas y aliento el enfermo, y diciendo éste que se apartasen los que le asistían, le rogó que se acercase a su cabecera, como quien tenía secretos que comunicarle. No fue menester le diese noticia de su interior, porque mostrándose desde luego compadecida de verle tan desfigurado y ya para expirar más que para vivir, le dijo con claridad todo lo que pasaba en el secreto de su conciencia, manifestándole cómo aquel triste y melancólico desfallecimiento nacía de las batallas en que estaba el alma, por el veneno que abrigaba en su pecho y ocultaba en su corazón. Pasó luego a alentar su confianza con ponerle delante de los ojos el inmenso mar de la divina misericordia en lo infinito de su bondad y en lo precioso de su santísima sangre, con que convidaba a todas las criaturas y en especial al dicho enfermo, el creador, y el redentor del mundo, tan a poca costa, que sin dispendio de la honra ni de la hacienda les franqueaba el perdón y les enriquecía con su gracia sólo con confesar sus delitos a un sólo hombre, y ese mudo. Le aseguró finalmente de su apresurada muerte y de la gloria que le esperaba si ejecutaba lo que le mandaba Dios y su católica Iglesia. Concurrió el Señor con las palabras de su sierva y lo mostró con evidencia el efecto; porque se reconoció el doliente tan otro en las fuerzas del cuerpo y del espíritu, que llamó luego a uno de los eclesiásticos que le asistían y se confesó con el enteramente, recibió los demás sacramentos, a los cuales se siguió la muerte de un justo, de quien dice el Espíritu Santo: “que estará en refrigerio para siempre”, [Apostilla: Sapienciales 4] porque la paz, quietud y arrepentimiento con que salió de esta vida, dejó a los presentes llenos de esperanzas. Y se lo manifestó el Señor a su sierva después de su muerte, viniendo esta dichosa alma a darle los agradecimientos del beneficio recibido y pedirle sus oraciones para salir de la terrible cárcel del purgatorio, y subir a la posesión de la felicidad eterna que ella misma le había prometido en nombre del Altísimo. Mucho fue lo que padeció por ella esta esclarecida virgen, pero se lo pagó Dios con el favor de haberla visto volar en forma de una albísima paloma a las moradas eternas, dejando a esta bienhechora llena de gozos y consuelos, bendiciendo a la misericordiosa Omnipotencia, que así quiso ostentar su infinito poder para ser ensalzado y glorificado de sus criaturas en la tierra y en el cielo por toda una eternidad.

[277] Note en este ejemplo el cristiano lector el singular aprecio que hacia Catarina de la ciega obediencia a los confesores, no sólo sobre todos los ángeles y santos, sino sobre todas las ilustraciones del mismo Dios; porque estas podían ser falsas y fingidas por el príncipe de las tinieblas transformado en ángel de luz para engañar a las esposas favorecidas de Cristo. Pero la voz y dictamen de sus confesores eran en nuestra esclarecida virgen la columna firme de la fe asegurada en aquel dicho del Señor: “El que a vosotros oye, a mí oye”, [Apostilla: Lucas 10] porque en él se desvanecen las vanas complacencias, soberbias estimaciones y presumida satisfacción del más elevado espíritu. A esta luz pueden y deben contemplar sus visiones, revelaciones e ilustraciones las almas ilustradas; porque con esta marca se podrán mirar como selladas con el real sello de la indefectible y suma verdad. Con esta aprobación y por esta únicamente, salía esta sierva de Dios de su recogimiento y retiro, dándose por desentendida a los ruegos y necesidades de las criaturas y aun a las apariciones del mismo Cristo, hasta conseguir la confirmación y mandato de sus vicarios, a quienes ha hecho guías y pastores de sus ovejas e intérpretes de su ley.

3. Prosigue la misma materia, y cómo la impuso Dios desde su niñez en el santo dictamen de no entrarse por las casas ajenas, sin necesidad y obediencia

[278] Con la dirección y dictamen de sus confesores se entró algunas pocas veces Catarina por las casas ajenas para remediar necesidades. Y por eso volvía a salir victoriosa, libre y sin lesión en los mayores peligros, porque como no se arrojaba a ellos por su voluntad ni dictamen al riesgo, corría por cuenta de la omnipotente misericordia que la ponía en ellos el sacarla triunfante y vencedora. Esta fue la más segura prevención con que se armó la santa Judith para salir del secreto albergue donde vivía recogida y encerrada, a entrarse adornada de su singular hermosura y resplandores de incomparable belleza por los escuadrones de los asirios y batallar cuerpo a cuerpo, a puerta cerrada, con el bárbaro e insolente Holofernes,⁹⁷ hasta quitarle la vida cortándole con valor y maña su altiva cabeza. Porque como dice el sagrado texto: “Antes de volverse a poner en ejecuciones esta empresa propuso a los sacerdotes los soberanos impulsos y las celestiales inspiraciones, para que las examinasen y declarasen si era espíritu de Dios el que la

⁹⁷ General del ejército de Nabucodonosor II, a quien Judith decapita.

impelía y divina la providencia que la guiaba.” Y conseguida la aprobación, se arrojó al riesgo y volvió triunfante y vencedora de los ejércitos enemigos de Dios y de su israelítico pueblo. En todas las casas ajenas consideraba Catarina que había escuadrones de asirios y bárbaros Holofernes, y por eso no entraba en ellas sin la segura guía de la necesidad y obediencia. Con esta prudentísima cautela se conservó en una vida irreprehensible, honrada y estimada de todos, como manda san Pablo honrar a las que se portan como verdaderamente viudas en el andar, vestir y vivir recogidas, en nada parecidas a las otras que sólo tienen el nombre de viudas; y porque las conocamos, nos las pinta el apóstol, diciendo: “Que son grandes visitadoras, ociosas, parleras y curiosas”. [Apostilla: Primera epístola de san Pablo a Timoteo 5] A estas no hay para qué darles favor; porque como andan mucho ellas se lo buscan. Más a las recogidas, que viven en soledad y honesto retiro, todo el mundo les debe socorro y el respeto, sin que se atreva nadie a hablar de ellas una mala palabra.

[279] Escogió Catarina esta forma de vida desde su niñez por un caso particular que le sucedió, y que si en ella fue único, en otras mujeres suele ser usual y frecuente. Le envió su madrina, doña Margarita de Chávez, con un regalito entre dos platos de plata a ver a un venerable sacerdote que vivía cerca de su casa. Fue la niña inocente a este mandado, y habiendo entrado en la casa ajena, preguntó por la persona a quien llevaba el regalo. Le enseñaron la sala o escritorio donde asistía, y entrándose en el cuarto, se encontró con el sujeto que buscaba, pero haciendo reflexa de que estaba a solas con un hombre, comenzó a turbarse; y reconociendo el buen sacerdote su turbación, comenzó también a agasajarla y acariciarla para templar su corazón asustado. Mas sirvió esta diligencia de que se aumentase la turbación, porque creciendo el temor subieron de punto los sustos, sobresaltos y apreturas de corazón, de suerte que no halló otro camino para librarse de aquel imaginado riesgo, que dar con los platos y regalo en el suelo y volverse corriendo a su propia casa, donde dijo a su madrina que enviase por los platos, que no la pusiese a oficio tan peligroso como era el de recadera y mandadera. Se averiguó lo que había sucedido, se celebró su prudente y virginal cautela y Catarina miró siempre con horror semejantes ministerios. Pondere aquí el mundo este temor de la sierva de Dios, comparándole con aquella osadía valiente, con que dije en los capítulos antecedentes que favorecida de la Omnipotencia, jugaba con los hombres más robustos cuando atrevidos se arrojaban a sus brazos, estrellando a unos contra las paredes y precipitando por las escaleras a otros; y hallará que no buscaba Catarina

los primeros peligros, ellos iban a buscarla o la ponía en ellos el Altísimo, por cuya cuenta corría entonces la victoria de la batalla arriesgada y no buscada. Y así aumentaba en su sierva las fuerzas y la gracia para que se entendiese que era más poderosa la sabiduría de Dios que lo permitía, que la malicia del Demonio y mundo que lo trazaba. Pero en esta ocasión quiso el Señor enseñar y avisar a su querida esposa desde su niñez e infantil edad la prudente cautela con que debía proceder en todo el resto de su vida, escondiéndose y retirándose su Majestad al tiempo de un imaginado peligro, para que se hallase sin la fortaleza de la gracia y se viese obligada a huir y a no atreverse a sustentar un solo combate de un aparente riesgo, en que se puso por haberse entrado sola y sin testigos de vista en la casa y cuarto de un hombre, aunque con inocencia, sin malicia, y por obedecer a su señora, ama y madrina. Porque en esta materia tan delicada suele prevenir Dios con avisos que parecen a nuestros cortos juicios castigos de la falta de temor y cautela, con que debemos regular nuestras acciones. Por este fin no sólo se esconde su Majestad y retira lo sensible de la eficacia de su gracia y poder, sino que permite y ha permitido en sus escogidos que padezcan, cuando menos, voces públicas y rumores que deslustran la más cristalina fama; porque les sirvan a ellos de ejercicio y de mayores merecimientos, y a nosotros de enseñanza y de muy importantes y doctrinales avisos.

[280] En confirmación de esta prudentísima, moral y necesaria cautela, el padre Diego López de Mesa, de la Compañía de Jesús [Apostilla: Padre Diego López de Mesa. V. Samuel. N. 4] y de esta nuestra provincia mexicana, colector insigne de las sentencias y doctrinas preciosas de los santos padres [Apostilla: Génesis 39], trae con autoridad de san Ambrosio [Apostilla: San Ambrosio de Joseph, Pat., c. 5] el caso del otro casto Joseph, que por haberse entrado en una pieza o cuarto retirado, donde su mal tentada ama y mujer de Putifar, su señor, pudo no sólo solicitarle importunamente de palabra, como lo acostumbraba, sino arrojarle lasciva a echarle la mano y querer hacerle fuerza. Y aunque en este grande combate y sangrienta lucha salió victorioso el casto y valeroso joven, escapando libre por su ligereza y valor de entre las garras de una desenfrenada fiera, y rompiendo las fuertes prisiones de aquella engañosa sirena, mereció que en todos los tiempos se celebrase su victoria y triunfo; como lo insinúa el mismo san Ambrosio en la explicación del sagrado texto, donde añade, que no mereció iguales alabanzas por haberse entrado en el lugar retirado y solo donde pudo ser acometido de una mujer, que sabía estar declarada y restada en su mala pretensión. Y si bien le excusa, por su inocencia y por haber hecho la entrada

por mandado de su amo, con todo, dice que no fue bastante satisfacción para merecer alabanzas, porque el varón justo debió y pudo prevenir y huir la ocasión en que pudiese la deshonesto y desenvuelta egipcia intentar la fuerza. Y así propone el santo doctor la referida entrada de Joseph en la recámara o retrete donde se vio obligado a sustentar tan sangrienta y peligrosa batalla con visos de descuido, no porque suponga alguna culpa en el casto mancebo, que de esta suerte no le excusará, sino porque a los ojos humanos, la acción de entrarse solo, y sin testigos donde vivía una mujer lascivamente apasionada, tiene visos de confianza propia, y se mira como entre velos y sombras de imprudencia y falta de debida circunspección. Y para nuestra enseñanza, debemos considerar y ponderar el apretado y arriesgado conflicto en que se vio, como entre visos de su menos próspera cautela, y como entre aparentes nubes de divinas permisiones y castigos o misteriosos avisos para el escarmiento. Por el mismo fin y fundamento, pudiera alguno discurrir, que el haberle dejado Dios padecer en la libertad y en la honra dos años más en una cárcel aprisionado y afrentado, por el falso testimonio que le levantó su misma ama estando inocente, fue permisión del Señor, con visos y apariencias de castigo; no sólo por su desconfianza en Dios y confianza en el copero del faraón, como con san Agustín interpretan comúnmente los expositores, sino por la dicha inadvertida o casual entrada con que se puso solo y sin testigos a la vista de una desenvuelta mujer, para que su ejemplo sirviese de doctrinal aviso, y aun de escarmiento a los que muy confiados hacen entradas y salidas por las casas de la ciudad y admiten en las propias con poca y menos prudente cautela visitas peligrosas del diverso sexo. Semejante falso testimonio levantaron a Susana y acudió Dios luego a librarla con milagros de la infamia; porque estando encerrada en su casa no dio causa, ni aun aparente ocasión a la malicia del mundo, cuando pretendió ofenderla e infamarla. Por haber Catarina guardado su casa, vivido en ella con recato y no entrándose por las ajenas sin los motivos de la necesidad y obediencia, salió muchas veces a su defensa la Omnipotencia y le sacó libre de peligros con milagros y portentos.

4. Prosigue la misma materia de su recato y de la prudencia con que se portaba en las visitas de hombres y mujeres

[281] En su propia casa vivía ordinariamente encerrada en un pobre aposentillo, de donde la sacaba precisamente la necesidad de acudir a sus oficios y ministerios, y con esta cautelosa abstracción andaba entre los suyos

con estimación y sin faltas; porque son partos de la frecuente conversación los defectos y el desprecio. No admitía visitas de fuera, aunque fuesen de mujeres cuerdas, nobles y virtuosas; porque sin faltar a la política cristiana, ni a las obras de caridad y misericordia, se negaba con prudencia y varonil resolución a todas aquellas conversaciones y visitas, que con pretexto de introducir o conversar familiaridades, y estrechas amistades tienen por único blanco y fin, el perdimiento de tiempo y la ganancia, que es pérdida de muchos defectos que se pegan en las frecuentes pláticas cuando son muchas y sin necesidad. Y así, aun en su ancianidad los ratos que había menester la luz de la puerta, por no tener otra su pobre albergue, estaba de la parte de afuera una moza, que despedía con buena gracia y justos motivos a los que buscaban a nuestra Catarina, diciéndoles que estaba ocupada; y a la verdad lo estaba siempre con Dios y en el cumplimiento de sus cristianas obligaciones. Si eran personas de respeto la excusaba con decir que, sin orden de sus confesores, no admitía la sierva de Dios visitas; y así que recurriesen a ellos con sus negocios. Para con algunos servían estas diligencias mas para otros, no valían; porque atropellando, con el pretexto de la necesidad que les acosaba, todas las leyes políticas, se entraban en su retrete, y franqueándole las espinas de sus corazones y conciencias, pedían el patrocinio de sus oraciones. Otros se prevenían con el permiso de sus confesores, y otros con la licencia que les daba su ilustre y superior autoridad. A todos los que se entraban recibía Catarina con caridad y recato, porque tenía ordenado a la moza que se entrase dentro del aposentillo con las personas, que con licencia o sin licencia ganasen la puerta para hablarle. Y así, todas las visitas que tuvo de hombres, fueron con escuchas y testigos de vista, sin excepción de estados, ni sujetos, aunque fuesen eclesiásticos y religiosos; y esto procuraba que fuese de paso y pocas palabras, a más no poder. Y en el tiempo de sus enfermedades, cuando pasaba de los ochenta años, porque hasta la muerte, con constante piedad y religioso tesón conservó una forma de vida propia de las vírgenes cuerdas y prudentes.

[282] Y si en su ancianidad se mostraba tan cuidadosa del virginal recato, atendiendo a la decencia y decoro de su estado; cómo podré yo ponderar, ni explicar el atento desvelo con que, en su mocedad y siendo niña, miraba por su seguridad con el encerramiento y retiro de todas las criaturas, y con especialidad de los hombres; aunque trajesen sus conversaciones y visitas especie y figura de religión y piedad. Parece que había leído Catarina la doctrina que escribió san Pablo a su discípulo Timoteo, cuando le dijo: “Sabed, que en los últimos días vendrán unos tiempos muy peligro-

sos, en que serán los hombres muy amadores de sí mismos. Tendrán especie y figura de piedad, pero carecerán de esta virtud; y así huiréis de ellos. Y de estos son los que se andan penetrando por las casas y traen en pos de sí mujeres cautivas y cargadas de pecados, las cuales fingiendo varios deseos, siempre aprenden y nunca llegan al conocimiento de la verdad” [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a Timoteo, 3]. Huyendo esta sierva de Dios de este escollo, en que han padecido naufragio irreparable muchas vírgenes deseosas de servir a Dios, por ser fáciles de ser engañadas, se retiraba, se escondía y negaba, aun a lo que este mundo vano y ciego llama urbanidad y cortesanía; recelando prudente el encontrarse con algún lobo, de aquellos que con piel de oveja se penetran con las paredes de las casas, registrando y enseñoreándose, como dueños de las conciencias y pastores de las almas, hasta de las más ocultas recamaras y de los más retirados y despreciados rincones. Que es la seña que dio el apóstol para conocer a los hipócritas, que con capa de religión y apariencias de piedad santifican la frecuencia y repetición de visitas de hombres a mujeres. Catarina estaba tan embebida en la doctrina de san Pablo, que huía aun de los hombres justos y santísimos en su concepto. Sucedió que habiéndose ausentado uno de los que la gobernaban, volvió a esta ciudad pasados algunos años, y con el aprecio y estimación que tenía de esta su antigua penitente, la fue a visitar, y después de las saluciones comunes, le dijo: “Que le informase de lo que había pasado por su alma en tan larga ausencia”. La sierva de Dios le preguntó si traía licencia de su actual confesor, para visitarla y para que le manifestase su conciencia. Le respondió que no, y añadió ella: “Pues no tengo qué decir, sino que estoy muy agradecida a lo que vuestra merced hizo por mí en el tiempo que estuvo a su cargo mi alma y que frecuentemente pido a Dios se lo pague con una buena muerte”. Con esta respuesta se despidió el antiguo confesor (de cuya boca lo supe) muy edificado y con mayor concepto de la santidad de esta esclarecida virgen; y ella quedó en su quietud, no menos consolada, de que se hubiese despedido para no volverla a ver sin necesidad.

[283] Con el mismo cuidado evitaba Catarina las visitas de mujeres en su pobre aposentillo, como he dicho, aunque fuesen nobles, cuerdas y de las que viven en el mundo con opinión de santas. Le sucedió algunas veces saber estando en la iglesia, que la esperaban a la puerta de su pequeño retrete señoras de las más ilustres de la ciudad, para asegurar el verla y visitarla al recogerse y volverse del templo; porque en entrándose en su cueva o choza, con la puerta cerrada, despedía a todas las que la deseaban servir y visitar. Con esta noticia, que a otras inquietara, turbara e hiciera dejar a

Dios y su iglesia, se detenía más en ella esta esclarecida virgen, diciendo: “¿Qué negocio pueden tener personas tan graves con una bestia y pobre pecadora? Tentación debe de ser del maldito para que yo deje al Creador por sus criaturas. Y así no ha de lograr su traza en esta ocasión; que mi detención en el templo será causa bastante para que esas señoras se enfaden y se vayan a sus palacios, y den lugar a que yo me entre y encierre en mi aposentillo”. Con esta determinación perseveraba constante en su oración, hasta que llegaba la hora de cerrarse la iglesia; y averiguando que aún la estaban esperando las señoras a la puerta de su cueva o retrete, les hacia una graciosa burla, con que quedaba burlado también el infierno; porque se entraba en otra casa vecina y allí se estaba oculta hasta que le avisaban se habían ido las que le aguardaban; y entonces se recogía en su albergue dando gracias a Dios, de que la había librado de la ocasión en que se podía pegar a su alma el vano polvo de la estimación humana. Ocasión hubo en que se detuvo dos días con sus noches en casa ajena, por huir del lazo que la armaba el diablo a su puerta, escogiendo antes la incomodidad del vecino, que la conveniencia de su querido albergue, con el riesgo de enlodarse con una muy leve mancha; mostrándose en lo cándido de la limpieza de su alma como los blancos armiños, que si les pone el cazador en la entrada de sus cuevas el lodo, por no manchar su blancura, no quieren entrar en ellas, y con generosa resolución, si no pueden huirse, se dejan quitar la vida antes que verse enlodados y manchados; de donde vino aquella letra: “ Antes morir que mancharse; o antes morir que pecar”. No se agraviaban las señoras burladas con semejantes donaires; porque sobre ser nobles, eran muy entendidas y apreciadoras de la virtud, que fue siempre amable en todas sus trazas y lances, por andar siempre vestida de una sincera intención y de una humilde reverencia y respeto. Se despicaban⁹⁸ en el tiempo de sus enfermedades, entrándose ya unas, ya otras, a asistirle y regalarla con el seguro de que la tenía Dios aprisionada. Aunque tal vez se les aguló este contento, porque mancomunándose un día, muchas de las más principales señoras de la ciudad en nuestra iglesia, para pasar juntas a ver a Catarina que estaba enferma en la cama, lo entendió ella, y pareciéndole desordenada caridad este lustroso agasajo, por la nota que causaría el ver tanta gente ilustre en su aposentillo, envió con la moza que le asistía a dar noticia a su confesor, pidiéndole remedio y traza para librarse del aprieto que amenazaba a su

98 Se desahogaban.

alma. Le respondió el confesor que como se resolviese a estarse sola encerrada, mandaría cerrar por fuera la puerta. Vino la doliente gustosa en lo que se le proponía; y habiéndose echado a la puerta la llave, se la llevaron al confesor. Y así, cuando fueron las señoras más aseguradas se hallaron mejor burladas, pero no desairadas; porque eran demostraciones en defensa de la humildad entre gente noble, entendida y santa. Con las demás personas, que por su calidad y estado no obligaban a tanta veneración y respeto, más fácilmente se negociaba; porque con un “estoy ocupada” se despedían y despachaban, para que fuesen a gastar en otras casas el tiempo con inútiles conversaciones. Imitando a las otras, que en sentir del apóstol san Pablo: “Siempre aprenden y nunca llegan al conocimiento de la verdad; porque se andan de calle en calle y de iglesia en iglesia, aprendiendo; y con pretexto de aprender, no quieren parar en casa” [Apostilla: Segunda epístola de san Pablo a Timoteo 3].

CAPÍTULO 24

DE SU HERMOSURA Y DE LO QUE PADECIÓ POR DEFENDER SU PUREZA

1. Semejanzas de hija con María santísima y principio de batallas contra su pureza

[284] Fue Catarina de San Juan una de las más agraciadas criaturas que conoció su edad. De rara hermosura, su color más blanco que trigüeño, el cabello más plateado que rubio, la frente espaciosa, los ojos vivos y finalmente, como fabricada del Altísimo para su esposa. Esta singular belleza le sirvió de dote para que le pretendiesen (aun desconocida su nobleza) nobles, poderosos y príncipes, de que tengo hecha mención en los capítulos de sus peregrinaciones, para esposa o para adoptarla por hija, ya que no la podían alcanzar por esclava o para mujer liviana. Esta hermosura fue la que, sirviendo de torcedor de las voluntades humanas, le labró nuevas coronas en multiplicados martirios, sirviendo una continua y sangrienta guerra de crisol, en que se descubriesen los quilates de su pureza y los prodigios de la gracia. Experimentó Catarina por la tez y belleza de su rostro ser entre las flores rosa, pues nunca ésta se aparta de las espinas; y como nota y advierte bien san Bernardo: “Con su buena gracia exterior está cubriendo la rosa

lo que hiere y lastima”. [Apostilla: san Bernardo, *Hom. de parad.*] Y por eso es símbolo de las felicidades humanas y de los placeres de tierra; no sólo por su brevedad momentánea, que cuando de suyo fueran muy útiles, el pasar tan aprisa los hiciera no ser de provecho, sino porque ninguna terrena felicidad deja de traer pesar, ni ningún placer careció de molestia, ni jamás se gozó sin afán lo que llama el mundo alegría; mas como lo que punza viene encubierto y disimulado con lo que tiene apariencia de gozo, no se cautela lo que hiere con la codicia de lo que deleita. Muy singular fue la hermosura exterior de esta sierva de Dios, pero más singular fue su discreción y juicio; pues como diré adelante, despreció esta vana y aparente felicidad por no lastimarse con sus espinas, ni perder la verdadera hermosura del alma, que es la que causa gozo perpetuo, puro y sin mezcla de acíbares y amarguras.

[285] No sin misterio adoptó la madre de Dios y madre de la pureza por hija a esta niña; no sólo en los brazos de santa Ana, sino aun antes de ser bautizada, antes de nacer y antes de ser concebida, como lo mostró la soberana señora en las visitas repetidas con que la honró a ella y a su madre Borta, como lo insinué en los primeros capítulos de esta historia, donde consta que alabó la reina de los ángeles a esta su querida hija aun antes de su ser, diciendo a su madre Borta que pariría una niña tan bella como las hermosas niñas o niños que pastoreaba esta divina reina, los cuales eran símbolos de pureza por su inocencia, representados en la manada de vírgenes que seguían al cordero hijo de la Virgen. Esto mismo significaban las demás misteriosas visitas; porque como estaba la princesa de los cielos llena de deseos y ansias de que naciese al mundo esta criatura, y mucho más a la luz de la gracia, para que gozase el universo un retrato y viva imagen suya, con todas las perfecciones que la había concebido antes en su idea. Como quien antes la había escogido para hija, no sólo como fruto de sus oraciones sino por comunicación de sus virtudes y privilegios. Por eso concurrió también al festejo común del reino en su nacimiento y quiso que naciese de madre estéril y que fuese hija de reyes y emperadores. Y finalmente, por los admirables efectos que obró Dios en esta alma, se conoce que en su nacimiento y en todo el discurso de su vida anduvo Catarina debajo del patrocinio materno de esta soberana reina y que le hizo sombra en todas sus acciones y movimientos; porque si bien consideramos las virtudes, gracias y extraordinarios favores con que enriqueció el Altísimo a esta sierva de Dios, reconoceremos que es un retrato formado a imagen y semejanza de Dios y de su santísima madre; porque en todas las perfecciones que resplandecen

en Catarina, se da a conocer como por indicios y efectos que Jesús y María le hicieron sombra y sombra digna de tan soberanas altezas. Explicando san Gregorio Niseno las palabras que dijo el arcángel san Gabriel a la santísima Virgen cuando le preguntó esta señora el cómo y el modo del soberano misterio de la encarnación del hijo de Dios: “La virtud, señora del Altísimo, os ha de hacer a vos sombra”. Dice el santo: “Que esta virtud de que habló san Gabriel fue el mismo Cristo, que es la virtud de Dios; el cual por virtud del Espíritu Santo tomaría forma y figura de hombre y se daría a conocer que lo era en la pureza y virginidad de su madre, como un cuerpo se da a conocer en su sombra” [Apostilla: san Gregorio Niseno. Oración de la Santa Natividad]. Porque, así como esta se forma por virtud de los cuerpos que van andando y por las apariencias de la sombra, como por indicios y efectos se reconoce quién hace la sombra; a este modo por virtud de la divinidad se formó un hombre dios, que en los efectos admirables que obró primeramente en su purísima madre y después en todos los hombres, se manifestó quién era, como un cuerpo por su sombra, en quien naturalmente se retrata y representa, aunque obscuramente. Así pues podemos discurrir en estas semejanzas y de las demás que pondremos en la historia de nuestra recomendada Catarina con la madre de Dios, calificándolas de sombras que hizo la poderosa reina por virtud del Altísimo en esta su querida y escogida hija, en las cuales se reconoce como por apariencias, indicios y efectos la omnipotente virtud y la especialísima asistencia del divino poder, cuya soberana sombra resplandeció en esta su escogidísima criatura, que atestiguó muchas veces le servía de escudo, de soberana protección, resguardo y descanso la sombra que le hacían Jesús y María, como la otra esposa santa en los cánticos de Salomón, afirmaba: “Que se deleitaba y descansaba en la sombra de su amado”. [Apostilla: Cánticos 2]

[286] Se pareció también a María santísima en haber escogido el estado de virgen a los tres años de su edad, como noté en el capítulo cuarto, cuando se dio por agraviada y ofendida de un tío suyo porque con palabras de cariño se le ofreció una y otra vez por esposo para cuando tuviese edad competente; y no valiéndole las lágrimas, los ceños, ni los desdenes para que el pariente suspendiese los amorosos halagos, huyendo de él, se acogió a una madriguera de víboras, mostrando querer más vivir entre serpientes y morir, que ver manchada su virginal entereza aun con el honesto título del matrimonio. Pondera san Bernardo que antes que hubiese ley ni consejo evangélico, vivió en carne María como ángel, escogiendo el ser virgen, y que por esto fue esta soberana señora la madre de las virtudes (no como causa

sino como ejecutora). Primero que Cristo se ejercitase en ellas, las alcanzó y ejercitó su santísima madre. Pues, ¿quién aconsejó a esta niña, ni qué ejemplo tuvo en la gentilidad para escoger la virginidad por estado? Sólo Dios con su providencia, que la había criado para hija de María en su imitación, pudo infundir la ejecución de este consejo de mayor perfección, para que fuese ejemplar maestra de esta virtud la que había de ser discípula e hija de María en ella, y para que sirviese de ejemplo a gentiles y cristianos la que había de ser con sus oraciones y penitencias ofrecidas por todo él, una como restauradora también y reparadora del mundo. Se pareció finalmente a María santísima en guardar su virginidad en el estado de doncella, casada y viuda, por ser a todos los estados ejemplar de pureza.

[287] Todos estos beneficios agradecía a Jesús y a su santísima madre, rindiéndoles por instantes las gracias Catarina, y en especial por haberla sacado con tan singular providencia de entre idolatras y haberla favorecido para conservar su integridad y limpieza en los muchos riesgos y borrascas con que el mundo y el infierno pretendieron en sus peregrinaciones despojarla de esta joya, que era la más preciosa de su alma. Y en recompensa de tantas beneficencias, desde luego que llegó a esta ciudad de Puebla de los Ángeles, prometió a Dios castidad y pureza, confiando en su gracia el guardarla e invocando a la santísima Virgen por su patrona con todos los coros de las vírgenes y los ángeles, que se le mostraron con los escudos embrazados y en las manos los aceros, en demostración de que corría ya por su cuenta la defensa de su honor contra el mundo, demonio y carne. Bien necesitaba de estas confortaciones angélicas, porque tenía muy presentes los peligros en que se había visto su honra y su vida, y lo que había padecido por conservar y defender su honestidad y pureza. Se acordaba de los crueles e inhumanos martirios que había padecido en todas sus peregrinaciones y muy en particular de los de Cochin y Manila, bastantes a coronar muchos mártires de que hice mención en los capítulos sexto y octavo. Y viendo que se continuaba la guerra y se repetían sin intermisión ni treguas los asaltos y las batallas, solía decir a Dios con el espejo de la invencible paciencia: “¿Por ventura es de piedra o de bronce mi corazón, para ser el blanco de todo el furor del mundo y de todo el rencor del infierno, en el asedio dilatado de tantas fatigas?” [Apostilla: Job 6].

[288] En todos los parajes, caminos y estaciones de los dos globos, mar y tierra, que reconoció y pisó esta esclarecida virgen desde que salió del Oriente, se halló cual tierna y delicada flor cercada de mil astutos y cavilosos enemigos, que como punzantes cambrones intentaron mancomunados

su estrago, acañoneándola con agudas y penetrantes saetas para agostar sus candores y marchitar sus fragancias; y cuando juzgó que viviendo entre cristianos y en la ciudad de los ángeles había de cesar o templarse el rigor de esta sangrienta guerra, entonces crecieron los combates y se retiraron con nuevo rencor las peleas de los enemigos rebeldes y obstinados, que cuanto más favorecida la veían de los ejércitos celestiales, tanto más crecía en ellos la envidia, furor y rabia.

2. *Cómo fue combatida y salió victoriosa su honestidad y pureza*

[289] Luego que se trasplantó esta fragante azucena en el plantel hermoso de este Occidente, prosiguieron en combatirla los ejércitos infernales y repitieron el ardid de valerse de las criaturas humanas, moviendo e incitando a cuantos la miraban a que la inquietasen con las voces y silbos de la serpiente engañosa, valiéndose muchas veces de la fuerza para intentar las violencias con ceguedad y coraje rabioso. No daba paso aun dentro de su casa que no fuese un peligro y un áspid venenoso para quitarle la vida y belleza de su alma. Sólo por verla, paseaban de día y de noche la calle y entraban y salían en su casa, con pretextos y negocios fingidos, quedándose no pocas veces dentro de la casa escondidos, para velar en los rincones más oscuros y ver si podían conseguir sus locas y vanas esperanzas. Sus mayores enemigos eran los domésticos. Donde quiera que se volvía hallaba dardos afectados contra su honra y conjurados en su daño. En su misma casa experimentaba riesgos, en la calle enemigos y en todas partes peligros. No dejó finalmente traza ni astucia Lucifer de que no usase ni arma que no moviese para contrastar su pureza, pero siempre se halló burlado y avergonzado el infierno porque no andaba menos cuidadoso el cielo de defenderla, ni Catarina menos diligente en resistirse y en huir las ocasiones de perderse.

[290] Se defendía, como tengo ya insinuado en los capítulos de su recato y recogimiento, mostrándose muy severa con los ánimos atrevidos y en esto se verificaba que era azucena cercada de espinas, en que se lastimaban las groseras manos que pretendían ajarla y maltratarla. Mucho le aprovechó aquel santo dictamen y resolución con que se determinó desde su niñez a no admitir en su corazón otra amistad que la de Jesús, ni dar la mano a otro hombre, recatándose aun con las mismas mujeres; y lo observó hasta la muerte con tal resolución y libertad de espíritu, que la negaba diciendo con muy buena gracia y firme determinación que le negaría al ángel de la guarda si se la pidiese, por representársele en forma humana. Y sí tal vez se vio obli-

gada a darla por no dejar desairada alguna persona de respeto, la envolvía y revolvió en su manto, como si hubiera de coger con ella alguna brasa o algún animal ponzoñoso. Aun en su ancianidad, cuando apenas tenía ojos para ver ni tacto para sentir en las manos, advertían en ella este recato las personas que le comunicaban y asistían, y estaban tan lejos de agraviarse que con admiraciones inferían de esta prudente cautela su suma perfección en esta virtud angélica y materia tan delicada. Y a la verdad Catarina miraba como culpa la falta de este recato con hombres, y entre mujeres atribuía este desorden a cortedad de razones y palabras o demasiada llaneza, que es raíz de distracciones y particulares amistades. A todos hablaba con reverencia y cortesía, y por eso todos le reverenciaban y hablaban con respeto, aun los que vivían en su casa; porque siempre los trataba como el primer día en que se vieron y conocieron y así, aun entre gente ordinaria, experimentaba correspondencias de buena crianza.

[291] Se defendía también con el recogimiento en su casa porque nunca visitaba ni se dejaba visitar sino era con parecer de su confesor, de personas muy señaladas; y si le enviaban papeles o cartas, como venían cerradas las remitía al que gobernaba su alma, sin preguntarle cuyas eran ni lo que contenían, ni si había de responder a ellas; porque todo eso lo dejaba a su dirección y gobierno, como si a ella no le tocaran. Y los que querían hablarle para algún negocio de importancia se prevenían con la licencia de su confesor y para oírlos se salía de su rincón al patio de la casa; y si estaba enferma procuraba estuviesen presentes algunas personas de ella, y si le decían que era materia de secreto, les respondía que fuesen a comunicarlo con la persona a quien ella franqueaba todos los secretos de su alma. A este prudente recato añadía el no admitir pensamientos menos puros, y en orden a evitarlos mortificaba su carne con ayunos, con disciplinas y con silicios. Traía cerraduras y candados en todos sus sentidos, sin ver y oír, ni hablar más de lo necesario.

[292] Finalmente retirada del mundo, procuraba tener ocupadas sus potencias en Cristo y su santísima madre, llamándolos por momentos como a su única luz, guía y defensa, ya dándoles quejas amorosas, como a sus amigos, como a sus reyes y como a sus padres: “Dios mío”, decía, “bien sabéis que sin merecerlo yo, me sacasteis de entre idolatras para que no conociese yo otro dios, otro señor, otro amante, otro padre, ni otro esposo. Para este fin cuidó de mí, aun antes de tener ser, vuestra santísima madre, honrándome después de mi nacimiento, asistiéndome como a hija y sacándome a salvo de innumerables riesgos. Pues, ¿cómo tenéis, Señor, corazón

para verme así penar y fluctuar en el mar tempestuoso de las más amargas aguas? No excuso, Dios mío, el padecer, no rehusó la cruz; pero esta cruz es muy arriesgada para mí y para tus criaturas; es un padecer con riesgos y peligros de perderos y de que os ofendan y agravien. Venga otra cruz, Señor, en que yo os pueda servir y no os pueda ofender. Ea mi dios, mi señor, mi creador, mi redentor, poderoso sois y misericordioso. Y así disponed que yo me vea libre de estos tormentos, para que no perezca anegada en tan furiosas borrascas”.

[293] Con este recurso al cielo experimentaba luego en su defensa especiales asistencias; porque cuando Jesús no se le hacía visible, le enviaba a su santísima madre y a los ángeles que la confortasen y defendiesen. Y con estos especiales conhortes se hallaba con fuerzas superiores para desasirse y despedir de sí a los que atrevidos pretendían avasallarla. Varias veces los estrelló contra las paredes y los precipitó por las escaleras. En una ocasión tres de estos instrumentos de Satanás se escondieron dentro de su casa por lograr la ocasión de quedarse sola a guardarla mientras la demás gente de ella iba a la iglesia y cerrando Catarina por dentro la puerta de la calle, como solía, se entró en el oratorio, que estaba en alto. En este tiempo sintió ruido y volvió a salir en ocasión que iban subiendo por la escalera los tres que se habían quedado dentro escondidos y viendo por una parte que no podía huir el lance ni el lazo que le había dispuesto el infierno, y por otra parte a los tres combatientes que venían mancomunados a conquistar temerarios el castillo de su honestidad, cuya defensa estaba a cargo de Dios y de sus ángeles, imploró el divino poder en su ayuda, e irritada en lo natural con la osadía y temeridad de sus enemigos, confortada de la Omnipotencia que dio valor al santo rey David para sujetar osos, desquijarar leones y vencer gigantes, se acercó a la escalera, y no bastando sus palabras y razones para reprimirlos. Al primero que alargó la mano para cogerla le dio un revés con tan buen impulso, que rodando la escalera abajo, se llevó de encuentro a los dos compañeros hasta el pie o su primer descanso, donde quedaron tan aturridos y atemorizados, que su mismo desfallecimiento mostró que no había sido el golpe tanto del brazo de Catarina, cuanto de Dios que quiso con piedad avisarlos. Ellos abrieron la puerta con la llave que había quedado en la cerradura y se fueron; y Catarina quedó en sustos y sobresaltos, dudosa si estos tres atrevidos combatientes habían sido hombres o demonios. Pero ahora fuesen diablos o sus instrumentos, se retiraron corridos y avergonzados y dejaron a la sierva de Dios victoriosa alabando y engrandeciendo a Dios por haberla sacado victoriosa del conflicto en que

su Majestad la había puesto, no para que se perdiese sino para que venciera su divina gracia. En otras ocasiones permitía el Señor pependencias en que salían heridos y castigados los instrumentos del infierno. Otras veces la hacía invisible, otras la vestía de resplandores, a cuya luz se retiraban los más ciegos y rabiosos lobos. Omíto muchos casos por ahora en que en semejantes riesgos acudió el cielo piadoso a sus voces y lágrimas con el remedio y con el consuelo, usando tal vez del rigor de su justicia contra los que abusaban de su divina paciencia y misericordia, por defender la honra de esta su santa sierva. Y así solía decir Catarina agradecida y reconocida a tantos beneficios: “A los que ponen en mí los ojos, Dios los destierra, castiga o mata”.

CAPÍTULO 25

PROSIGUEN LAS BATALLAS CONTRA SU PUREZA

1. Cómo la provocaban los demonios a la profanidad y un caso raro de una mujer profana

[294] Al paso que veía Lucifer la resistencia de esta criatura y lo que el cielo la defendía, se irritaba y enfurecía. Y como rebelde y obstinado inventaba nuevas baterías para rendirla. Le representaban todas las músicas y alegrías del mundo sus galas, sus saraos y todos sus vanos entretenimientos; le ponderaban su hermosura y todas las demás gracias con que se robaba los corazones de los hombres que la estimarían y celebrarían, si se dejase ver y servir, saliendo del rincón de su casa donde vivía despreciada, olvidada de las gentes y comiéndose de polilla por encerrada, que saliese al aire y se desapolillaría; que anduviese por las calles haciendo oficio de predicadora con su modestia; que se entrase por las casas de la ciudad y que publicase sus virtudes para que la imitasen y siguiesen las criaturas como a madre y maestra de perfección. A todas estas diabólicas razones solía responder Catarina despreciándolas con un mudo y prudente silencio; y tal vez ilustrada de Dios con palabras, diciéndoles: “Iros de ahí embusteros, pues sabéis que soy una bestia y la mayor pecadora del mundo, indigna de tratar y vivir entre cristianos; y de estos he aprendido que no hay peor polilla que la vanagloria a que pretendéis inducirme”. Parece que había leído u oído esta sierva de Dios el epíteto que dio un sabio a este dulce veneno y a esta